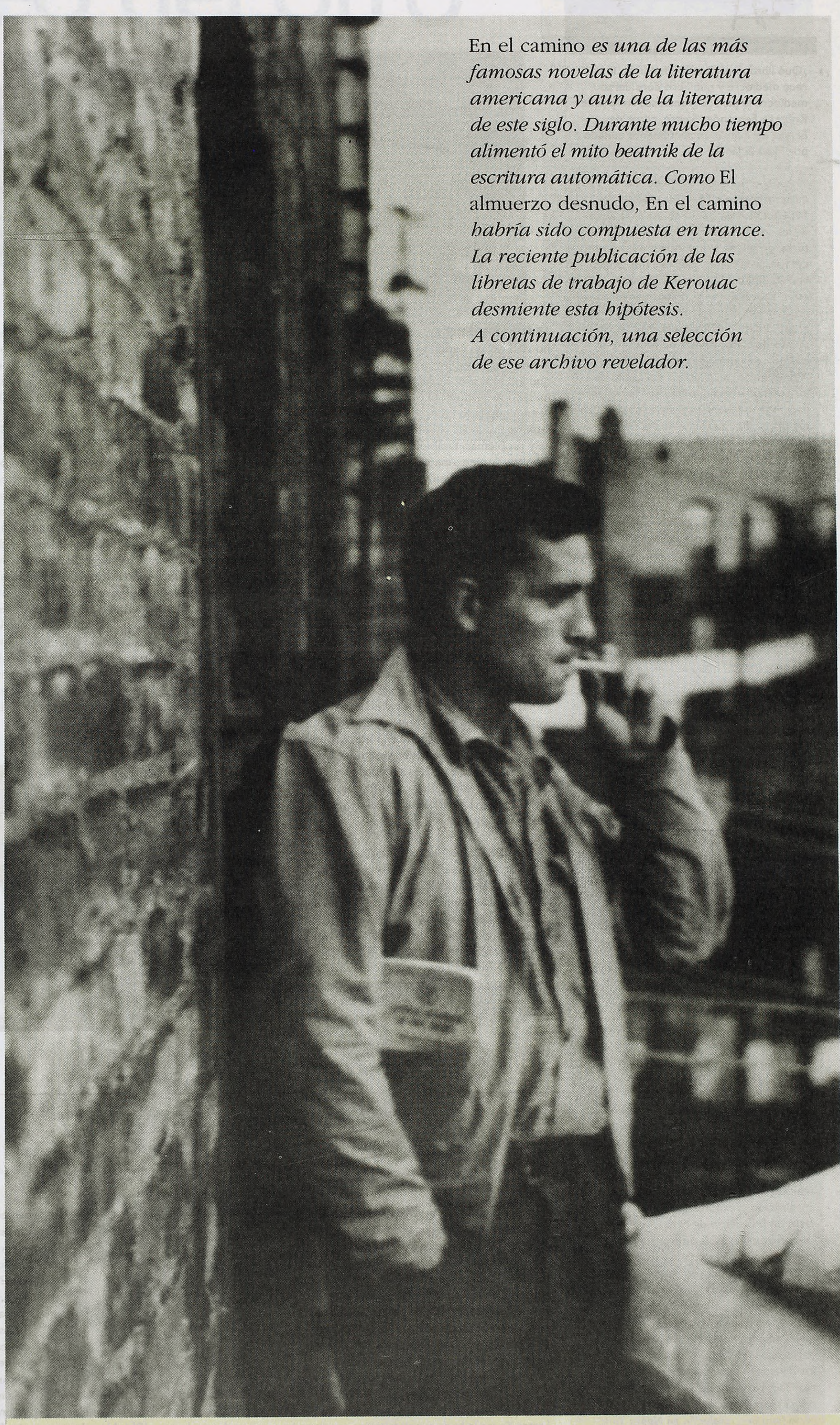
RADAR libros

SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12 • 14 DE MARZO DE 1999 • AÑO II Nº 70

CircO BeatNIk

En el camino *es una de las más famosas novelas de la literatura americana y aun de la literatura de este siglo. Durante mucho tiempo alimentó el mito beatnik de la escritura automática. Como* El almuerzo desnudo, En el camino *habría sido compuesta en trance. La reciente publicación de las libretas de trabajo de Kerouac desmiente esta hipótesis. A continuación, una selección de ese archivo revelador.*



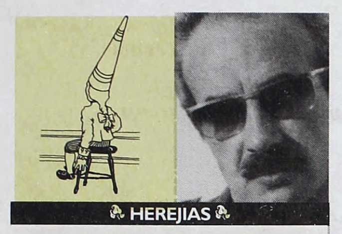
por Jack Kerouac

25 DE MARZO DE 1949 Pensé más ideas definitivas para *En el camino.* No más Ray Smith, excepto en la figura de un narrador que cuenta la historia con voraz concentración y con gran belleza (naturalmente). Al final, el héroe es un hombre de veintipico que ha vivido mucho, y que termina en una cárcel, pensando, finalmente, que necesita "buscar una herencia incorruptible, inmaculada, y que no pase de moda". Es un hombre culto, maduro, experimentado, con matices, de muchos talentos y personalidades, cuyo entorno –como en *Confidence Man* de Melville, o como aquel de cualquier hombre de méritos espirituales (si podemos medir estas cosas)– es inexplicable en términos de estos esquemáticos datos lógicos –en otras palabras: un artista de la vida (como Burroughs). El protagonista tiene un padre anciano en algún lugar del oeste, y después de demorarse por un tiempo en New York (después de su salida de la cárcel), con Junkey y todos los otros, sale al camino con Pip, su camarada (un chico casi idiota con una naturaleza demasiado suave, demasiado dulce, demasiado santa para este mundo), en busca de su padre. En el pasado, con su padre, madre, tíos y primos, vivía en un valle en California (donde se autodenominó "Zorro"). Había sido una vida rica y magnífica, que de algún modo no había llegado a heredar. Ahora busca recuperarla. Su otro gran amigo es Vern Pomeroy, cuyo propio padre, un viejo vagabundo del oeste de Texas, había trabajado una vez en las tierras Moultrie; y Ray Moultrie (el héroe) había crecido junto con el joven Vern. Se le une a Vern hacia el oeste. Los tres hombres jóvenes encuentran al viejo Bruce Moultrie en Butte; y al viejo Pomeroy en Denver. Siguen hacia California. Este es, grosso modo, el principio de la travesía. Pip –Smitty– va con ellos.

Ray Moultrie ha sido un jugador de béisbol en un equipo de segunda, un baterista de jazz, un hombre de mar, un camionero, y, entre muchas otras cosas, un pájaro enjaulado en su extraña, irregular carrera (Sólo piensa en cuántos hombres así, igual de brillantes, existen hoy en América. Los encontré en los barcos, en la cárcel, en guardias de psiquiatría. Slim Hubbard es sólo uno de ellos).

13 DE FEBRERO (1950) Todavía se me ocurrieron más desarrollos para *En el camino* esta noche mientras caminaba a casa volviendo de ver una película en Times Square bajo una tormenta de aguanieve. Constantemente sentía que *Camino* no era suficiente para el esfuerzo a gran escala de mi prosa: demasiado angosto, demasiado convulsionado por personajes sin importancia, demasiado insensible. Tengo los sentimientos, pero no el vehículo apropiado aún... Considerar: un hombre vagando por el camino en busca de su hija perdida, porque la mujer de su juventud está muerta y además ha perdido su reino. En esencia, tan arquetípico como eso. El hombre acaba de salir de un lapso de tres años conectado con narcóticos y un homicidio desagradable –"inocente en su complicidad". Este no es Red Noultrie Kid, sino un hombre real de sentimientos y tragedia. El período en prisión ha arruinado su acomodada posición anterior en el mundo. Su mujer ha muerto. La hija ha huido salvajemente a los quince y está en algún lugar de América. El hombre quiere encontrarla porque la ama y sabe que ella lo necesita. Como un Angel Detective sigue sus huellas de ciudad en ciudad, hasta encontrarla. Quiere hacer volver el "amor de Dios" al corazón de la chica, y es lo suficientemente inteligente para saber que él mismo no está lejos de ese "Dios". Pero también sabe lo que puede ser un verdadero beneficio para su hija, y le ofrece casarse para darle un hogar (ha elegido una mujer en la ruta) después de encontrarla desolada. Esto es como mi propia actual misión... extrañamente... y no tan extrañamente.

Desearía llamar al libro por un nuevo nombre que no haya pensado hasta la fecha. No es propiamente un hombre viejo –y tal vez hasta haya sido un beisbolista recientemente, y alguna vez un músico de jazz. ¿Cómo debería saberlo? ¿Qué es lo que importa? El hombre se sostendrá sin equipaje. Releeré Carlyle. Ahora estoy leyendo Tolstoi & Dostoievsky.



HEREJÍAS

¿Qué libro considerado grandioso le parece mediocre y qué libro considerado mediocre le parece grandioso? Responde Roberto Fernández Sastre, autor de *El final del infinito*, recientemente editado por Plaza & Janés.

Aunque Roberto Fernández Sastre resida actualmente en España, vivió hasta 1981 en Montevideo. Por eso, a la hora de las pasiones, a la hora de recordar lecturas, no puede evitar volver a las costas del Río de la Plata. "Hay muchos libros, en relación con el término *grandioso*, que están sobrevalorados o sobredimensionados por una cierta época o coyuntura o grupo o elite que los convirtió casi en un objeto de culto, y hasta de prestigio social", dice el autor de *La manipulación*. "Por ejemplo, en la época del boom de los sesenta, aquí hubo muchos libros verdaderamente incomprensibles para un lector promedio, que sin embargo se convertían como en biblias que había que leer a toda costa. O al menos comprar y tener en la casa de uno por si los amigos iban: para que ellos supieran que tú también habías leído el libro ese". De todos los libros que –puede adivinarse– sobrevuelan la mente del escritor, finalmente se decide por uno, pero al azar, como si el libro en realidad sólo fuera una muestra, uno de tantos libros incomprensibles. "Me acuerdo de uno", dice. "Nadie podía con él pero claro, tenías que decir que sí", y decide no alargar más el suspenso. "*Paradiso* de José Lezama Lima", dice Fernández Sastre. "No había manera de leer ese libro. No creo que esté mal ni mucho menos, pero como juego intelectual, de gran cultura, para una elite mínima, no sé qué valor puede tener eso", se excusa el escritor, finalista en dos ocasiones del Premio Herralde de Novela.

También hay otro tipo de libros, que para Fernández Sastre gozan de mejor estima, y acarrean la satisfacción del descubrimiento y la impotencia de que no sean reconocidos. "Todos los libros del francés Alain Robe-Grillet, que pasaron sin pena ni gloria, son completamente imaginativos y creativos. Creo que son grandes libros", dice el autor de *El turismo infame*, quien finalmente se decide por uno de los títulos del autor francés, que leyó viviendo en España. "Me acuerdo de uno que se llamaba *Proyecto para una revolución en Nueva York*, que era una auténtica obra maestra. En España se publicó la traducción en Seix Barral pero pasó completamente inadvertido".

Tal vez porque el autor fue durante algunos años crítico literario en los diarios *La Vanguardia*, *El País*, *El Periódico* y *Diario 16*, no tiene ningún tipo de inconveniente en detallar los motivos por los cuales el libro de Robe-Grillet debe ser tenido en alta estima. "Los trasvases que hace el autor entre sueño y vigila, entre pesadilla y realidad; el uso completamente libre de la imaginación creadora sin caer en una fantasía, en un cuento de hadas, que se rige ya por otras leyes; la interpretación tan completa que ofrece de la realidad, que era en cierta manera lo que postulaba Cortázar y que consiguió tantísimas veces en sus cuentos", enumera el autor del recientemente aparecido *El final del infinito*, quien además de escritor es abogado y periodista. "Hay que saber cómo mostrar los diversos extractos que componen la realidad, para que no parezca inverosímil o una mera fantasía. Y en este libro, *Proyecto para una revolución en Nueva York*, creo que el autor lo consigue", dice convencido Fernández Sastre.

Pablo Mendívil



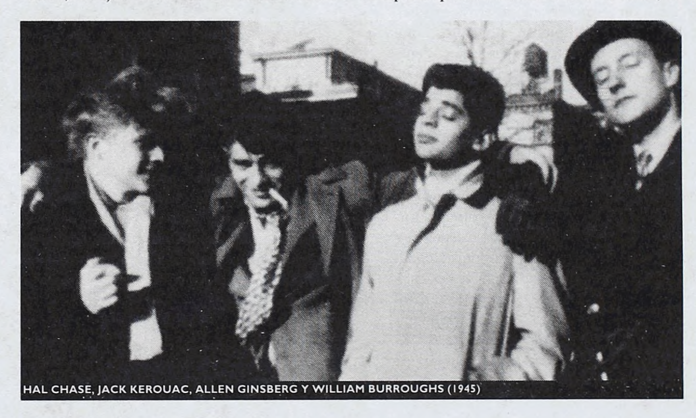
15 DE FEBRERO En realidad este hombre no va a ser un padre, sino sólo un resuelto y maduro hombre joven buscando una chica que lo amó en la infancia y le escribió cartas un tiempo después. El punto es: "Su amor está en algún lado en América". Y él está *En el camino* hacia ella –el duro camino de pobreza y problemas, también... pero él no es Red Moultrie (quien –me di cuenta al atardecer– sólo es Al Hinkle, mi viejo y despreocupado amigo de Denver).

Habrá familias en California y Colorado. Sin embargo, haré notas puntuales preparatorias en un lugar más conveniente. Sólo comí sandwiches de melaza y papas fritas. Es la muerte cuando no se comen nunca más sandwiches de melaza y papas fritas. Hoy le escribí a Alan Harrington acerca de su posible admisión a Hancourt. Esta noche caminé dos millas y media bajo una tormenta de aguanieve. El lugar de donde es mi abuelo -Riviere du Loup, propiamente St. Hubert, cerca de la península Gaspe–, y todos mis amigos allí desde 1770, y previamente las heladas costas de Britania, explican por qué amo tanto el frío y la tormenta, y por qué no puedo soportar los veranos. Algún inhallable Louis Alexandre le Bris de Kerouac (o Keroac'h) me debe haber legado sus calientes intestinos, por lo que no necesito abrigo durante la mitad del invierno en América tropical.

17 DE FEBRERO El héroe de *En el camino* es Chad Gavin. Inventé un *dramatis personae* y tiene una maravillosa profundidad y alcance. Rezo a Dios para que éste sea, finalmente, el descubrimiento de mi trabajo, después de años de meditarlo (desde la temprana idea de octubre de 1848 de Ray Smith y Warren Beauchamps). El único libro que preveo más adelante es un *Guerra & paz americana*. Las desgracias de la guerra, que escribiré, probablemente, después de *Sexo y simplón*.

19 DE MARZO DE 1957 Querido Don: Sterling Lord [el agente literario de Kerouac] me escribe que te envió de vuelta el manuscrito de *Los subterráneos*, además de tu versión cortada, y que tratarás de hacer una nueva versión que me enviarás para que la apruebe. ¿Cómo es posible que reduzcas todo a 70 páginas? La única forma que veo de cortar es sacando un gran bloque, la repentina confesión de Mardou, que es algo que agregué más tarde para que la novela fuera más larga y que por lo tanto es (según mi punto de vista) superficial y también un poco pobre según lo que pienso yo y la propia Mardou... eso representa alrededor de cuarenta páginas, lo que reduciría *Los subterráneos* a su extensión original de alrededor de 140 de mis páginas tipeadas.

Esto es todo lo que puedo ver, más la posibilidad de remover en su totalidad otros bloques de narrativa... pero Don: no puedo seguir como un narrador responsable y como un creyente en los impulsos de mi propio corazón y en la belleza del puro lenguaje espontáneo, si dejo a los editores sacar mis oraciones y vaciar a la melodía de la historia de su propio alarido rítmico de protesta, si dejo que acribillen mis frases con comas, las corten en mitades, tercios, cuartos, arruinando el *swing*. De hecho, el manuscrito de *Los subterráneos* –lo veo en las fotocopias– está ya tan acribillado de correcciones –como agujeros de bala–, comas y marcas, que no veo manera de que puedas restaurar el original. Creo que los cambios que me pediste que hiciera a raíz de las cartas de la revista, evitando el léxico sexual, arruinan el libro lo suficiente... Yo espero completar su publicación. Pero ahora todo el asunto ya no es más *Los subterráneos*, el swing, el sonido de corazón roto, el estilo del blues, el tono de confesión íntima que no avergüenza a nadie salvo a mí, el trémulo, crudo y cristalino (si quieres carlyleano) sonido de mi propia voz que me tomó tanto tiempo (15 años escribiendo) encontrar y regular al punto justo. Por lo tanto yo evito la "selectividad" y sigo la libre asociación de la mente, nadando en mares de inglés sin ninguna otra disciplina que la de la línea de la historia, el



HAL CHASE, JACK KEROUAC, ALLEN GINSBERG Y WILLIAM BURROUGHS (1945)

La escritura automática

por Douglas Brinkley

El mito más persistente acerca de Kerouac es que escribió *En el camino* en abril de 1951, durante un frenesí de tres semanas, alimentado por benzedrina y café. Según la leyenda, Kerouac –inspirado por sus viajes con Neal Cassady a lo largo de los años inmediatamente anteriores– enhebraba un rollo de papel continuo en su máquina de escribir para no desconcentrarse al cambiar las hojas, sintonizaba una estación de jazz de Harlem que transmitía toda la noche, y escribía sin pausa. El resultado: una de las novelas clásicas de este siglo, escrita en veinte días, a un promedio de miles de palabras por jornada. Kerouac dijo que "sopló" sus palabras como Lester Young lo hacía con su saxofón a medianoche, escribiendo rápido porque "el camino es rápido". Las revisiones eran para los esquemáticos obsesivos y los culturalmente constipados, demasiado temerosos de cavar en los ritmos naturales de sus propias mentes. Según se asegura, terminada la benzedrina, una vez que *En el camino* estuvo listo, Kerouac llevó un rollo de treinta metros a Robert Giroux, editor de Harcourt Brace, quien le preguntó al autor: "¿Cómo demonios puede un imprentero trabajar con esto?" Sintiéndose insultado, Kerouac abandonó la oficina, aunque tiempo después aseguró que Giroux comparó su trabajo con el de Dostoievsky.

Los archivos de Kerouac cuentan una historia diferente del comienzo de la novela. Un rollo sobrevive, pero el manuscrito que Kerouac tipeó en su departamento de West Twentieth Street, en Manhattan, fue el resultado de un complejo proceso de planificación, borradores de capítulos y correcciones que comenzó mucho antes de abril de 1951. No sólo tenía un detallado y coherente argumento de una página para cada capítulo, sino que además muchos de los diálogos habían sido escritos antes de abril de 1951. Algunas de las anotaciones diarias fueron incorporadas directamente al manuscrito.

“**Debemos permitir** al **subconsciente admitir** su propio lenguaje, desinhibido, y **tan moderno que el arte** tradicional **lo censuraría**. Esto es más importante para mí que unos pocos pesos, **que el éxito...**”


JACK KEROUAC EN CASA DE ALLEN GINSBERG (1964)

ritmo de la exhalación retórica y el debate de lo dicho, como un puño cayendo sobre una mesa con una completa declaración, ¡bang!... Como Lee Konitz [un saxofonista de jazz] en 1951, yo quiero soplar tan profundo como quiera. No por nada es turbio lo que está en tiempo y lo que rige el tiempo, el *stress* shakespeareano de la necesidad dramática, de hablar ahora en una forma propia inalterable o mantenerse callados para siempre, y nunca pensar en “mejorar” más adelante o costear impresiones, porque la mejor manifestación siempre es la más dolorosa extirpación arrancada del calor protector de la cuna de la mente que DENUNCIA PARA UNO MISMO –¡soplar!, ¡ahora!–. Tu camino es tu único camino, no puede ser “bueno” o “malo” sino solamente siempre honesto, espontáneo, confesional, interesante porque no hay “artificio”. El artificio es el artificio. Debemos permitir al subconsciente admitir su propio lenguaje, desinhibido, y tan moderno que el arte tradicional lo censuraría. Esto es más importante para mí que unos pocos pesos, que el éxito... Veo despuntar una literatura tremendamente interesante por todos lados, con confesiones nunca antes hechas por el hombre, apuntando al futuro, un futuro donde se acepte que todos son artistas, naturalmente. ¡Y cada uno bueno o malo de acuerdo a su apertura!

No sé cuáles son tus planes pero me gustaría conocerlos... Yo siento (y de hecho, sé) que *Los subterráneos* es un cuidado, extenso poema y que no debería ser (más) manoseado que los poemas cortos de Ginsberg, Corso, Snyder, Whalen *et al*, quienes seguramente no se han impresionado con la versión abreviada al 60 por ciento de *Los subterráneos*, con todo el ritmo de las oraciones, quebrado... No te enojes, sé de lo que estoy hablando aunque pueda emborracharme y actúe socialmente de modo infantil y aunque mi nombre zen sea Lunático Perezoso... Soy un artista, a la antigua, devoto.

Por favor, escribe. Como siempre,
Jack.

(traducción: Pablo Mendívil)

Jazz y literatura

por D.B. La manía de Kerouac por el jazz no puede exagerarse. Creía que Charlie Parker, Thelonious Monk y Dizzy Gillespie eran los equivalentes americanos de Bach, Beethoven y Brahms. “Cuando escuché por primera vez *Bird and Diz* en el Three Deuces supe que eran músicos serios tocando un curioso nuevo sonido. Mis pensamientos dejaron de importarme”, escribiría Kerouac en 1959. “De hecho estaba apoyado contra la barra con una cerveza cuando Dizzy vino a pedirle un vaso de agua al bartender, se puso justo contra mi y elevó los dos brazos alrededor de mi cabeza para alcanzar el vaso y se fue, como si supiera que iba a estar cantando sobre él algún día, o que alguno de sus arreglos iba a llevar mi nombre alguna vez por alguna curiosa circunstancia”.

Las improvisaciones de jazz estimularon a Kerouac para evitar los bloqueos mientras escribía. Kerouac registraba todo el proceso de la prosa artesanal, un método creativo legitimado por la escritura automática deWilliam James, los poemas visionarios de William Butler Yeats, el primer “happening” en el Black Mountain College y los chorros/goteos de pintura del expresionista abstracto Jackson Pollock (con quien Kerouac a veces fue a beber en Greenwich Village). Hasta hoy, ningún novelista ha sido tan entusiasta del jazz como Jack Kerouac, particularmente en su menospreciada *México City Blues* –242 coros poéticos presentados como una larga “zapada” de domingo por la tarde–. Kerouac invocaba frecuentemente la imaginería del jazz cuando describía el efecto literario que trataba de alcanzar, como en la carta a Donald Allen, su editor en Grove Press, que publicó *Los subterráneos*.

(traducción P. M.)

EXPEDIENTES X

Extraños episodios de la vida literaria

Así como, se dice, no es oro todo lo que reluce, a veces la gente no se reúne para celebrar la aparición de un libro sino porque alguien ha desaparecido y hace falta marcar el sentido de esa ausencia. Adolfo Bioy Casares murió el lunes pasado y sus restos fueron trasladados el martes al cementerio de la Recoleta, donde se encuentra la bóveda familiar. Para muchos fue como si una forma y un estilo de la literatura argentina hubiera muerto. Es que Bioy, Adolfito, era un superviviente. Había sobrevivido a Silvina Ocampo, su mujer de toda la vida, a su hija Marta, a su amigo Jorge Luis Borges. Era, sobre todo, el resto viviente del grupo de personas que contribuyeron a la formación de una leyenda: la revista *Sur* (entre los que hay que contar, también, a Victoria Ocampo –a quien Bioy no quería nada–, a Pepe Bianco, a Enrique Pezzoni y tantos otros). El entierro fue tan austero como el cuarto de su casa donde pasó sus últimas semanas (murió en un sanatorio, sometido a las intubaciones y goteos que los médicos creen conveniente proveer a quienes agonizan), una casa donde cada cuarto era una biblioteca organizada temáticamente (“ingleses”, “traducciones”, etc.).

El coche fúnebre llegó puntualmente al cementerio a las cinco de una tarde inesperadamente azul y milagrosamente tibia. Un merecido homenaje de una naturaleza que habría debido llorar, si hubiera podido compartir el sentimiento de la mitad de los presentes. La otra mitad eran periodistas y camarógrafos que venían a cubrir un evento que, seguramente, imaginaban pomposo y celebratorio. No fue así. Teresita Anchorena, la más alta funcionaria del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires presente, contó que la familia había rechazado la oferta oficial del Salón Dorado del edificio del diario La Prensa para la realización de un acto solemne. Estaban Francis Korn, Juan Forn, Paula Pico Estrada, Mariano Roca, Enrique Drago Mitre, quien se negó terminantemente a hablar, aun a riesgo de que ocupara su lugar algún funcionario oportunista. No hizo falta su presencia. Porque los funcionarios estaban todos, seguramente, con el príncipe Carlos de Inglaterra, en una visita oficial que por alguna razón Buenos Aires repudió tibiamente. Ernesto Schóo, Héctor Yánover, Cristina Mucci y Sergio Renán se fueron juntos a compartir su pena. El último (que adaptó a la pantalla *El sueño de los héroes*, la novela fantástica de Bioy) fue el responsable de una de las únicas tres coronas de flores (la familia del escritor había prohibido el envío de ofrendas). Las otras dos eran del Grupo Editorial Norma y de Beatriz Gutiérrez Walker, de la Secretaría de la Presidencia de la Nación.

Entre los notables presentes (la gente de *La Nación*, casi toda, Marcelo Pichón Rivière, Pedro Mairal –el reciente ganador del premio Clarín que Bioy tanto alabó–, Héctor Olivera y tantos otros) había parejitas de escolares uniformados que seguramente habían escapado del colegio, sin imaginar que asistirían a un acto de despedida que no podrán contar a la noche en sus casas, turistas españoles que tuvieron la oportunidad de ver el adiós a un mito de las letras argentinas, empleados de Cliba que continuaron sin interrupción sus tareas habituales y hombres de negocios que, al caer la tarde y antes de cruzarse a la Biela para tomar un copetín, averiguaban por sus celulares la cotización de novillos y vaquillonas. Mañana comenzarán, seguramente, los juicios sucesorios. Pero el recuerdo de Bioy Casares –tal o cual, según los casos– es y será de todos.

Marita Chambers



NOTICIAS DEL MUNDO

Con motivo del bicentenario de Balzac, el canal de televisión TF1 estrenará, en algún momento del año no especificado todavía, una miniserie sobre los diez últimos años de la vida del escritor. La producción, dirigida por Yves Angelo, fue rodada en un pequeño pueblo del norte de Bohemia. Fanny Ardant desempeña el papel de la condesa polaca Eveline Hanska, el gran amor del escritor; Jeanne Moreau será la madre de Balzac; Virna Lisi hace de Mme. de Berny, su protectora. Y el papel de Balzac, sí, lo adivinaron, quedó para Gérard Depardieu (foto), quien intentará recuperarse del revés que le significó ser Obelix.

La editorial norteamericana Henry Holt, propiedad del grupo alemán Holtzbrinck (y, sí, otro más), publicará próximamente *Teller of Tales. The life of Arthur Conan Doyle*, de Daniel Stashower, una nueva (y aparentemente definitiva) biografía del creador de Sherlock Holmes. Amigo del escritor George Bernard Shaw y del escapista Harry Houdini, Conan Doyle terminó sus días defendiendo apasionadamente el espiritismo y las ciencias ocultas.

El grupo internacional Grijalbo Mondadori abrirá una librería en La Habana. No sólo venderán sus libros a precios de liquidación (a la medida del bolsillo cubano), sino que además distribuirán las novedades de otros sellos, por ejemplo Tusquets, quienes han anticipado que participarán con fervor en el lanzamiento. "Cuba es el futuro", dijeron los editores españoles. En la ocasión, Mondadori presentará el libro inédito de Ernesto Guevara *Pasajes de la guerra. Revolución: Congo*, que narra la experiencia congonesa del famoso médico argentino.

Y ya que estamos con Grijalbo-Mondadori: ¿Se acuerdan de Gonzalo Pontón, que renunció hace un tiempo a su altísimo cargo en el grupo de capitales italianos? Pues bien, Pontón acaba de asociarse con el Grupo Planeta para comprar el sello Crítica. El contrato de cesión se firmó el 3 de marzo. El equipo editorial de Crítica abandonó en bloque Mondadori para incorporarse a la nueva sociedad.

Rumores de la city letrada: las últimas joyas de la abuela serán vendidas en breve. Se trata de Losada, que pasaría a manos de un grupo multinacional, cuyo nombre reservamos por el momento. ¡Qué pena!

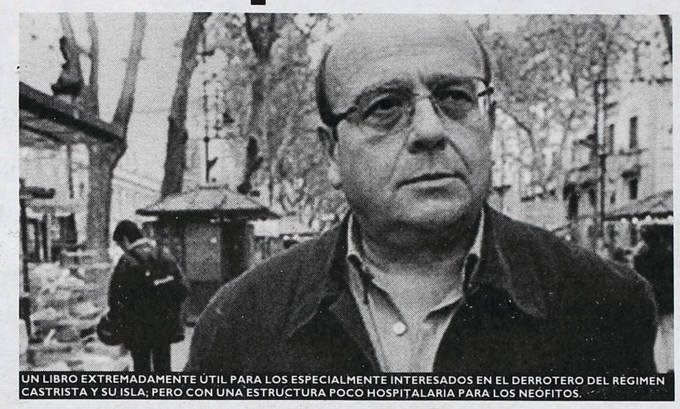
En una exquisita edición, la editorial Grasset ha puesto en circulación *Le désordre électrique*, la primera novela de Eduardo Berti. La edición original de la obra fue publicada en 1997 con el título *Agua*, y fue calurosamente saludada por la crítica local. Veremos qué suerte corre la versión francesa (la traducción es de Claude de Frayssinet). ¿No es fino?

Papeles dispersos



Y DIOS ENTRÓ EN LA HABANA
Manuel Vázquez Montalbán
Aguilar-Santillana
Madrid, 1998
720 págs. $ 25

por Marcelo Birmajer


UN LIBRO EXTREMADAMENTE ÚTIL PARA LOS ESPECIALMENTE INTERESADOS EN EL DERROTERO DEL RÉGIMEN CASTRISTA Y SU ISLA; PERO CON UNA ESTRUCTURA POCO HOSPITALARIA PARA LOS NEÓFITOS.

Este es un libro de apuntes, pero sin manufacturar. Los apuntes no están enhebrados de modo que conformen un libro de viaje, ni giran alrededor de una o más ideas motoras que permitan llamar al libro un ensayo, ni organizados de modo que podamos enfrentar este grueso volumen de más de 700 páginas como una serie de reportajes. Son las primeras ideas, las primeras preguntas y las primeras respuestas que se le ocurrieron y le dieron al autor, en sucesivos viajes a La Habana, dispuestas en torno al viaje del Papa a esta misma ciudad, en enero de 1998. El resultado es un exhaustivo pero desprolijo compilado de encuentros –con dirigentes cubanos, con disidentes, con políticos, escritores e intelectuales equidistantes respecto a las políticas de Fidel Castro– que analizan no sólo la realidad cubana pasada y presente, sino también la posibilidad de una alternativa al actual rumbo hegemónico del mundo.

No sabemos, las solapas no lo aclaran, si los apuntes aquí expuestos fueron en su momento crónicas periodísticas para medios españoles, pero sí es notable que no han sido serenamente revisadas para su publicación como unidad: datos, comentarios y chistes se repiten dos o tres veces, textualmente, en distintos capítulos, como si no hubieran sido mencionados en capítulos anteriores. Leer el mismo chiste dos veces no resulta divertido. Y la falta de un índice de nombres, en un volumen de semejante grosor, es un innecesario desafío a la memoria del lector.

En cuanto al recorrido político del libro, una de cal y una de arena: el arco de opiniones que Montalbán recoge en sus papeles es realmente extenso e ilustrativo, como así también la interesante gama de materiales de lectura que sugiere para comprender el caso cubano. El problema es que su visión sobre Latinoamérica no logra mejorar la vieja mirada mitificadora con que los europeos progresistas aprehenden este continente desde los años 60: la antropológica selva mágica, habitada exclusivamente por pobres paupérrimos, socialistas mágicos y tiranos de facto o elegidos –por otra parte, el autor no habla más que de La Habana: el resto de Cuba permanece un misterio–.

A diferencia de su elogio uniforme y personal para el autotitulado Subcomandante Marcos, Montalbán no deja ver con claridad una posición tomada sobre el régimen imperante en Cuba, aunque puede deducirse mayor simpatía que rechazo. No deja de resultar extraño, no obstante, que un intelectual que le debe todo a la libertad de expresión, ahorre ahínco en rechazar a un sistema que la excluye completamente.

El anteúltimo capítulo está dedicado exclusivamente a un tema que a Montalbán, agnóstico consecuente, parece aburrirle: la política vaticana respecto al mundo terrenal y los entrecruces filosóficos entre política y religión católica. Aquí es cuando no Dios, sino el tedio, entra en el libro.

Por lo demás, es un libro extremadamente útil para los especialmente interesados en el derrotero del régimen castrista y su isla; pero con una estructura poco hospitalaria para los neófitos.♣

Cuidar el quiosco



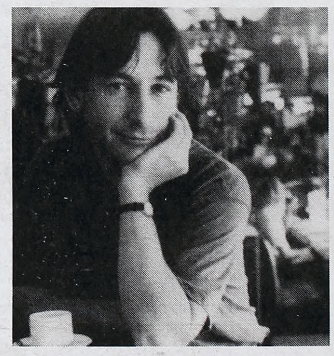
EL MUNDO MÁS O MENOS
Jean Rouaud
trad. Josep Escué
Anagrama, 1998
240 págs. $ 15

por Diego Fischerman

Jean Rouaud permite –casi suscita– varios malentendidos. Uno, apoyado por el declarado carácter autobiográfico de sus novelas, es el que llevaría a entenderlo como personaje. El otro es creer en él como una encarnación francesa y actual del atractivo mito de Cenicienta. La historia, suficientemente explotada por sus editores, es la de un vendedor de diarios que un día decide presentar una novela a uno de los premios literarios más importantes del mundo. Y lo gana. Efectivamente, Rouaud tenía un quiosco de diarios y fue, en 1990, el sorpresivo ganador del Premio Goncourt. Pero lo que la historia no dice es que había estudiado letras en la Universidad de Nantes, que pasó por la temible influencia del grupo *Tel Quel* y el *Nouveau Roman*, que había trabajado como periodista y que el famoso quiosco, lejos de ser la escenografía a lo Zola capaz de brindarle un barniz proletario e iletrado, fue una pequeña y cómoda empresa encarada junto a algunos amigos con el fin de no tener que trabajar demasiado –ni preocuparse demasiado por el trabajo fuera de sus horarios laborales– y poder dedicarse a la escritura.

Y si Rouaud puede ser confundido con un personaje, obviamente sus personajes pueden ser confundidos con él. Su primera novela, la ganadora del Goncourt, se llamaba *Los campos del honor* y tenía como protagonista a su abuelo y como trasfondo, la Primera Guerra Mundial –a la que con iluso desconocimiento del futuro sus protagonistas llamaban Gran Guerra–. La segunda, *Hombres ilustres*, tomaba como centro a su padre y transcurría durante la Segunda Guerra. La tercera se llama *El mundo más o menos* y remite –podría decirse que inevitablemente– a la adolescencia del propio Rouaud, a su educación sentimental signada por la miopía y la admiración por Rimbaud y a los años del Mayo Francés.

El proyecto está lejos de la ingenuidad que podría imaginarse en el quiosquero amateur. Más bien se trata de una calculada operación, muy a tono con los años 90: usar historias –historias personales, familiares, pequeñas– para contar la Historia. Y, de paso, para jugar a la famosa síntesis hegeliana. Balzac narraba; Sarraute y Robe-Grillet destruían la narración y Rouaud, modestamente, intenta juntarlos.



Aquí de lo que se trata es de utilizar un lenguaje muy de los 60 –frases larguísimas, puntuaciones poco cristianas, abundantes proposiciones incluidas en proposiciones que forman parte de otras proposiciones– para contar cosas muy del siglo pasado. El mismo Rouaud quizá se imagine a sí mismo como el que insufló corazón al frío cuerpo estratégico de las vanguardias. Pero el efecto termina siendo, en cambio, el de una imitación bastante menor de Proust (tanto objetivismo, tanta descripción minuciosa, tanto detalle inútil). Suele pasar cuando se quiere conformar a todos: lo habitual es que se deje a todos descontentos. O sea: ni la valentía y el riesgo de las viejas vanguardias ni el sencillo y siempre bienvenido arte de contar historias. Apenas un escritor bien instruido, con algunas ideas interesantes, que pasó de vender diarios a ofrecer tentadores buzones a la siempre necesitada crítica francesa.♣





NOTICIAS DEL MUNDO

Con motivo del bicentenario de Balzac, el canal de televisión TF1 estrenará, en algún momento del año no especificado todavía, una miniserie sobre los diez últimos años de la vida del escritor. La producción, dirigida por Yves Angelo, fue rodada en un pequeño pueblo del norte de Bohemia. Fanny Ardant desempeña el papel de la condesa polaca Eveline Hanska, el gran amor del escritor; Jeanne Moreau será la madre de Balzac; Virna Lisi hace de Mme. de Berny, su protectora. Y el papel de Balzac, sí, lo adivinaron, quedó para Gérard Depardieu (foto), quien intentará recuperarse del revés que le significó ser Obelix.

La editorial norteamericana Henry Holt, propiedad del grupo alemán Holtzbrinck (y, sí, otro más), publicará próximamente *Teller of Tales. The life of Arthur Conan Doyle*, de Daniel Stashower, una nueva (y aparentemente definitiva) biografía del creador de Sherlock Holmes. Amigo del escritor George Bernard Shaw y del escapista Harry Houdini, Conan Doyle terminó sus días defendiendo apasionadamente el espiritismo y las ciencias ocultas.

El grupo internacional Grijalbo Mondadori abrirá una librería en La Habana. No sólo venderán sus libros a precios de liquidación (a la medida del bolsillo cubano), sino que además distribuirán las novedades de otros sellos, por ejemplo Tusquets, quienes han anticipado que participarán con fervor en el lanzamiento. "Cuba es el futuro", dijeron los editores españoles. En la ocasión, Mondadori presentará el libro inédito de Ernesto Guevara *Pasajes de la guerra. Revolución: Congo*, que narra la experiencia congonesa del famoso médico argentino.

Y ya que estamos con Grijalbo-Mondadori: ¿Se acuerdan de Gonzalo Pontón, que renunció hace un tiempo a su altísimo cargo en el grupo de capitales italianos? Pues bien, Pontón acaba de asociarse con el Grupo Planeta para comprar el sello Crítica. El contrato de cesión se firmó el 3 de marzo. El equipo editorial de Crítica abandonó en bloque Mondadori para incorporarse a la nueva sociedad.

Rumores de la city letrada: las últimas joyas de la abuela serán vendidas en breve. Se trata de Losada, que pasaría a manos de un grupo multinacional, cuyo nombre reservamos por el momento. ¡Qué pena!

En una exquisita edición, la editorial Grasset ha puesto en circulación *Le désordre électrique*, la primera novela de Eduardo Berti. La edición original de la obra fue publicada en 1997 con el título *Agua*, y fue calurosamente saludada por la crítica local. Veremos qué suerte corre la versión francesa (la traducción es de Claude de Frayssinet). ¿No es fino?

Papeles dispersos

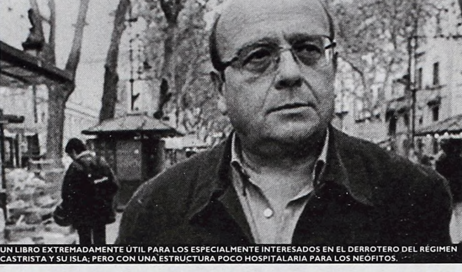


Y DIOS ENTRÓ EN LA HABANA
Manuel Vázquez Montalbán
Aguilar-Santillana
Madrid, 1998
720 págs. $ 25

por Marcelo Birmajer

Este es un libro de apuntes, pero sin manufacturar. Los apuntes no están enhebrados de modo que conformen un libro de viaje, ni giran alrededor de una o más ideas motoras que permitan llamar al libro un ensayo, ni organizados de modo que podamos enfrentar este grueso volumen de más de 700 páginas como una serie de reportajes. Son las primeras ideas, las primeras preguntas y las primeras respuestas que se le ocurrieron y le dieron al autor, en sucesivos viajes a La Habana, dispuestas en torno al viaje del Papa a esta misma ciudad, en enero de 1998. El resultado es un exhaustivo pero desprolijo compilado de encuentros –con dirigentes cubanos, con disidentes, con políticos, escritores e intelectuales equidistantes respecto a las políticas de Fidel Castro– que analizan no sólo la realidad cubana pasada y presente, sino también la posibilidad de una alternativa al actual rumbo hegemónico del mundo.

No sabemos, las solapas no lo aclaran, si los apuntes aquí expuestos fueron en su momento crónicas periodísticas para medios españoles, pero sí es notable que no han sido serenamente revisadas para su publicación como unidad: datos, comentarios y chistes se repiten dos o tres veces, textualmente, en distintos capítulos, como si no hubieran sido mencionados en capítulos anteriores. Leer el mismo chiste dos veces no resulta divertido. Y la falta de un índice de nombres, en un volumen de semejante grosor, es un innecesario desafío a la memoria del lector.


UN LIBRO EXTREMADAMENTE ÚTIL PARA LOS ESPECIALMENTE INTERESADOS EN EL DERROTERO DEL RÉGIMEN CASTRISTA Y SU ISLA; PERO CON UNA ESTRUCTURA POCO HOSPITALARIA PARA LOS NEÓFITOS.

En cuanto al recorrido político del libro, una de cal y una de arena: el arco de opiniones que Montalbán recoge en sus papeles es realmente extenso e ilustrativo, como así también la interesante gama de materiales de lectura que sugiere para comprender el caso cubano. El problema es que su visión sobre Latinoamérica no logra mejorar la vieja mirada mitificadora con que los europeos progresistas aprehenden este continente desde los años 60: la antropológica selva mágica, habitada exclusivamente por pobres paupérrimos, socialistas mágicos y tiranos de facto o elegidos –por otra parte, el autor no habla más que de La Habana: el resto de Cuba permanece un misterio–.

A diferencia de su elogio uniforme y personal para el autotitulado Subcomandante Marcos, Montalbán no deja ver con claridad una posición tomada sobre el régimen imperante en Cuba, aunque puede deducirse mayor simpatía que rechazo. No deja de resultar extraño, no obstante, que un intelectual que le debe todo a la libertad de expresión, ahorre ahínco en rechazar a un sistema que la excluye completamente.

El anteúltimo capítulo está dedicado exclusivamente a un tema que a Montalbán, agnóstico consecuente, parece aburrirle: la política vaticana respecto al mundo terrenal y los entrecruces filosóficos entre política y religión católica. Aquí es cuando no Dios, sino el tedio, entra en el libro.

Por lo demás, es un libro extremadamente útil para los especialmente interesados en el derrotero del régimen castrista y su isla; pero con una estructura poco hospitalaria para los neófitos.♣

Cuidar el quiosco

El mundo más o menos



EL MUNDO MÁS O MENOS
Jean Rouaud
trad. Josep Escué
Anagrama, 1998
240 págs. $ 15

por Diego Fischerman

Jean Rouaud permite –casi suscita– varios malentendidos. Uno, apoyado por el declarado carácter autobiográfico de sus novelas, es el que llevaría a entenderlo como personaje. El otro es creer en él como una encarnación francesa y actual del atractivo mito de Cenicienta. La historia, suficientemente explotada por sus editores, es la de un vendedor de diarios que un día decide presentar una novela a uno de los premios literarios más importantes del mundo. Y lo gana. Efectivamente, Rouaud tenía un quiosco de diarios y fue, en 1990, el sorpresivo ganador del Premio Goncourt. Pero lo que la historia no dice es que había estudiado letras en la Universidad de Nantes, que pasó por la temible influencia del grupo *Tel Quel* y el *Nouveau Roman*, que había trabajado como periodista y que el famoso quiosco, lejos de ser la escenografía a lo Zola capaz de brindarle un barniz proletario e iletrado, fue una pequeña y cómoda empresa encarada junto a algunos amigos con el fin de no tener que trabajar demasiado –ni preocuparse demasiado por el trabajo fuera de sus horarios laborales– y poder dedicarse a la escritura.

Y si Rouaud puede ser confundido con un personaje, obviamente sus personajes pueden ser confundidos con él. Su primera novela, la ganadora del Goncourt, se llamaba *Los campos del honor* y tenía como protagonista a su abuelo y como trasfondo, la Primera Guerra Mundial –a la que con iluso desconocimiento del futuro sus protagonistas llamaban Gran Guerra–. La segunda, *Hombres ilustres*, tomaba como centro a su padre y transcurría durante la Segunda Guerra. La tercera se llama *El mundo más o menos* y remite –podría decirse que inevitablemente– a la adolescencia del propio Rouaud, a su educación sentimental signada por la miopía y la admiración por Rimbaud y a los años del Mayo Francés.

El proyecto está lejos de la ingenuidad que podría imaginarse en el quiosquero amateur. Más bien se trata de una calculada operación, muy a tono con los años 90: usar historias –historias personales, familiares, pequeñas– para contar la Historia. Y, de paso, para jugar a la famosa síntesis hegeliana. Balzac narraba; Sarraute y Robe-Grillet destruían la narración



y Rouaud, modestamente, intenta juntarlos. Aquí de lo que se trata es de utilizar un lenguaje muy de los 60 –frases larguísimas, puntuaciones poco cristianas, abundantes proposiciones incluidas en proposiciones que forman parte de otras proposiciones– para contar cosas muy del siglo pasado. El mismo Rouaud quizá se imagine a sí mismo como el que insufló corazón al frío cuerpo estratégico de las vanguardias. Pero el efecto termina siendo, en cambio, el de una imitación bastante menor de Proust (tanto objetivismo, tanta descripción minuciosa, tanto detalle inútil). Suele pasar cuando se quiere conformar a todos: lo habitual es que se deje a todos descontentos. O sea: ni la valentía y el riesgo de las viejas vanguardias ni el sencillo y siempre bienvenido arte de contar historias. Apenas un escritor bien instruido, con algunas ideas interesantes, que pasó de vender diarios a ofrecer tentadores buzones a la siempre necesitada crítica francesa.♣

Guerra Fría


EN *LAS ISLAS* SORPRENDE LA CAPACIDAD PARA CAMBIAR DE HUMOR, PRÁCTICAMENTE DE UN CAPÍTULO A OTRO: DEL DELIRIO A LA PRECISIÓN "TÉCNICA" DE LA LITERATURA DE GUERRA, PASANDO POR UNA COMICIDAD EMPARENTADA CON OSVALDO SORIANO O FONTANARROSA.

Carlos Gamerro
Las Islas

LAS ISLAS
Carlos Gamerro
Simurg
Buenos Aires, 1998
604 páginas, $ 24

por Claudio Zeiger

Hay libros de la literatura argentina que se venden y consumen con mayor o menor fortuna –y que inclusive ganan cotizados premios– pero seguramente son otros los textos que pueden llegar a marcar el *verdadero estado* de la literatura argentina: libros-termómetro que hablan de la precariedad, la inestabilidad y la tensión a la que realmente se enfrentan los escritores criollos. Quizás el azar, o una de esas lentas corrientes que conforman el fluir más subterráneo de nuestra narrativa, hicieron coincidir sobre finales del año pasado a varios de estos libros-termómetro.

Son novelas largas, que con su longitud y densidad textual revelan que fueron añejados varios años por sus autores; son políticos sin ser férreamente realistas y dan toda la impresión de haber sido escritos por pura necesidad personal. Libros como *Los Sorias* de Alberto Laiseca y *El traductor* de Salvador Benesdra comparten estos rasgos con *Las Islas* de Carlos Gamerro. Hablan de dificultades para llevar adelante un proyecto literario, de dilaciones y rebotes editoriales, pero también de la expansión de la libertad creativa para zarparse con el lenguaje, con el sexo y con las ideas, mucho más que otros libros pretendidamente transgresores. Son entretenidos pero densos, y su interés y fuerza tiene que ver, justamente, con la densidad. La guerra y las tiranías (Laiseca), el machismo y la izquierda argentina (Benesdra), Malvinas y el nacionalismo, en Gamerro, no son tópicos inocentes, y lejos de cualquier pretensión *light* de conformar al público, pueden resultar irritantes.

La mayoría de los libros de ficción y no ficción sobre Malvinas tienen la particularidad de haber sido escritos casi al calor de los acontecimientos, generando un fuerte efecto de catarsis. Es curioso que un libro escrito varios años después mantenga tan frescas las marcas de esa catarsis. En *Las Islas*, Carlos Gamerro hace girar la trama alrededor de Malvinas, aunque la novela transcurra diez años después del fin de la guerra. Esa distancia, en vez de enfriar las pasiones, las recalienta. Contribuye a elevar el recuerdo de las islas a la calidad de fetiche: los que estuvieron, los ex combatientes, ya no se pueden desprender de ese fervor por el mínimo archipiélago y sus representaciones; así, sucesivamente, Malvinas inflama a los soldados cuando aparece en un mapa, una maqueta o un juego de video. Malvinas es, entonces, pasión enfermiza y secuela: una esquirla en la cabeza, un murmullo de voces desgarradas en la noche. Gamerro logra la representación literaria de la pasión y las secuelas de una guerra inscribiendo su ficción en un *más allá* de la ideología. Cuando narra la guerra o los encuentros de los ex combatientes, queda en suspenso la cuestión política de Malvinas, su mezcla de delirio nacionalista e improvisación militar.

Queda claro que Gamerro no comparte para nada las motivaciones bélicas militares ni el absurdo triunfalismo de buena parte de la sociedad allá por el '82, pero por suerte no acalla los gritos de la guerra en el consenso pluralista: a pesar del tiempo transcurrido, palpita la idea de que la guerra es una pesadilla que nunca se termina, y que la política de la democracia es apenas un respiro respecto de lo que verdaderamente importa, y lo que define la historia argentina: la conspiración permanente, la violencia, lo militar.

Si se deja de lado la *cuestión Malvinas*, *Las Islas* también es un libro que depara gratas sorpresas literarias. Sorprende la capacidad para cambiar de humor, prácticamente de un capítulo a otro. Puede emerger de un delirio no muy alejado de Laiseca para sumergirse en la precisión "técnica" de la literatura de guerra (una destreza también propia de Laiseca), o acercarse de a ratos a una comicidad emparentada con Osvaldo Soriano o Fontanarrosa. Claro que en la lectura, Laiseca, Soriano, Arlt, el policial negro o *Los chicos de la guerra* son ráfagas que se pueden acercar y luego alejar de la mente del lector, porque el texto no se queda adherido a un tono o un estilo en particular –sobre todo porque su estrategia y su apuesta reposan en el vértigo narrativo y la desmesura.

Esa desmesura, incluyendo la de la extensión del libro (unas 600 páginas bien servidas) pone a *Las Islas* en un punto difícil: hay capítulos que parecen sobrar o desvíos argumentales que pueden ser excesivos. Pero el exceso de *Las Islas*, como los excesos de *Los Sorias* o *El traductor*, no pueden ser pasados por alto o interpretados apenas como una cuestión de pericia literaria. Quizá tengan mucho más que ver con el verdadero estado de la literatura argentina, con esa línea subterránea que viene a pedir espacio sin fijarse en otras necesidades que no sean las más personales y urgentes: la de un autor que tomó la decisión de escribir con la mayor libertad creativa, hasta decir todo lo que tenía en el tintero, sin estar muy seguro de cuándo tendrá otra oportunidad.♣



INFANTILES

Tomás es el director del diario de la escuela, en el que colaboran Fabio, Lucila y Eugenia. Cada uno de los integrantes del grupo de amigos tiene sus preferencias bien marcadas: Tomás quiere dedicarse al periodismo, Fabio es un "artista" que vive en su mundo, Eugenia es una devota atleta y Lucila, una adicta a la computación y a Internet. Los integrantes de este heterogéneo grupo son los protagonistas de *Misión posible* de Cristina Alemany y Mónica Plöese (Errepar, 96 páginas, $ 7), que son invitados, por supuesto, a participar de un concurso de periodismo. Durante sus investigaciones en un museo, Tomás descubre una carta dirigida a una tía bisabuela suya, carta en la que le asignan un puesto en una escuela rural, *pero* (atención) un año después de la fecha de su supuesta muerte. Instigados por esa carta sospechosa, el grupo comienza una investigación periodística para el concurso. Así, la misteriosa pista y las futuras investigaciones los llevarán a una escuela rural del Chaco, la clave para resolver el misterio. Ilustrado con dibujos de Pablo Besse, la historia –puntuada con toques de humor a cargo de Ramón, hermano menor de Tomás– no sólo se embarca en la aventura de los chicos que salen de la ciudad para conocer el interior del país sino que al mismo tiempo reflexiona sobre la situación en la que viven los maestros en las escuelas de provincia y, por extensión, cuentan cómo es la vida de sus propios alumnos. De este modo, el lector, al igual que los protagonistas, se sorprenderán ante lo que encuentran.

Para chicos un poco más chicos, y de la colección *Fefa es así*, Altea acaba de publicar *De golpe* de Andruetto e Istvan (32 páginas, $ 4). Fefa es una chica de alrededor de 4 años que vive con sus padres y su hermana Teli. Fefa tiene una manera bastante particular de ver las cosas y causa confusiones, malentendidos y situaciones que, en la mayoría de los casos, son disparatadas. La particularidad de la colección es que, más allá de que en las historias haya un texto, gran parte del relato se sostiene en las imágenes; en algunos casos los textos terminan siendo accesorios. Así, en *De golpe*, se cuentan dos historias: Fefa jugando en el jardín toda la tarde, esperando la llegada del padre para prevenirlo acerca de un pozo que unos operarios hicieron en la vereda y un día de campo, empañado por el mal tiempo. Gracias a los excelentes dibujos de Istvan y la precisión de los textos, los libros de *Fefa es así* resultan atractivos y entretenidos.

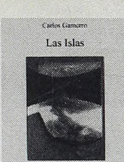
Como una nueva entrega de la colección Fantasmas de Fear Street, en *Padres de otra dimensión* R. L. Stine (Emecé, 126 páginas, $ 5) explica a los niños las consecuencias de desarrollar la (freudiana) novela familiar del neurótico. Sarah está avergonzada de su familia: su padre es enfermero de un hospital y en los ratos libres teje en un telar frente a una ventana que da a la calle, su madre colecciona basura para analizarla en el nauseabundo sótano de su casa y su hermano mayor es un completo nerd. Cuando ya no sabe cómo enfrentar la situación frente a las burlas de sus compañeras de colegio, Sarah encuentra un antiquísimo medallón dorado que le permitirá el acceso a otro mundo y a una nueva vida rodeada del tipo de familia que añora: una madre que cocina y se ocupa de la casa, un padre con un trabajo importante, y un hermano inteligente que la acompaña a sus clases de equitación. Claro que no todo lo que reluce es oro y en aquella casa, la casa ideal, comienzan a suceder cosas extrañas y Sarah empieza a desconfiar de su nueva familia. Con el particular estilo de R. L. Stine y un suspenso que no decae, el autor evita cualquier tipo de aleccionamiento moral, para dedicarse exclusivamente a horrorizar a su pequeña audiencia.

P. M.

Guerra Fría



EN *LAS ISLAS* SORPRENDE LA CAPACIDAD PARA CAMBIAR DE HUMOR, PRÁCTICAMENTE DE UN CAPÍTULO A OTRO: DEL DELIRIO A LA PRECISIÓN "TÉCNICA" DE LA LITERATURA DE GUERRA, PASANDO POR UNA COMICIDAD EMPARENTADA CON OSVALDO SORIANO O FONTANARROSA.



LAS ISLAS
Carlos Gamerro
Simurg
Buenos Aires, 1998
604 páginas, $ 24

por Claudio Zeiger

Hay libros de la literatura argentina que se venden y consumen con mayor o menor fortuna –y que inclusive ganan cotizados premios– pero seguramente son otros los textos que pueden llegar a marcar el *verdadero estado* de la literatura argentina: libros-termómetro que hablan de la precariedad, la inestabilidad y la tensión a la que realmente se enfrentan los escritores criollos. Quizás el azar, o una de esas lentas corrientes que conforman el fluir más subterráneo de nuestra narrativa, hicieron coincidir sobre finales del año pasado a varios de estos libros-termómetro.

Son novelas largas, que con su longitud y densidad textual revelan que fueron añejados varios años por sus autores; son políticos sin ser férreamente realistas y dan toda la impresión de haber sido escritos por pura necesidad personal. Libros como *Los Sorias* de Alberto Laiseca y *El traductor* de Salvador Benesdra comparten estos rasgos con *Las Islas* de Carlos Gamerro. Hablan de dificultades para llevar adelante un proyecto literario, de dilaciones y rebotes editoriales, pero también de la expansión de la libertad creativa para zarparse con el lenguaje, con el sexo y con las ideas, mucho más que otros libros pretendidamente transgresores. Son entretenidos pero densos, y su interés y fuerza tiene que ver, justamente, con la densidad. La guerra y las tiranías (Laiseca), el machismo y la izquierda argentina (Benesdra), Malvinas y el nacionalismo, en Gamerro, no son tópicos inocentes, y lejos de cualquier pretensión *light* de conformar al público, pueden resultar irritantes.

La mayoría de los libros de ficción y no ficción sobre Malvinas tienen la particularidad de haber sido escritos casi al calor de los acontecimientos, generando un fuerte efecto de catarsis. Es curioso que un libro escrito varios años después mantenga tan frescas las marcas de esa catarsis. En *Las Islas*, Carlos Gamerro hace girar la trama alrededor de Malvinas, aunque la novela transcurra diez años después del fin de la guerra. Esa distancia, en vez de enfriar las pasiones, las recalienta. Contribuye a elevar el recuerdo de las islas a la calidad de fetiche: los que estuvieron, los ex combatientes, ya no se pueden desprender de ese fervor por el mínimo archipiélago y sus representaciones; así, sucesivamente, Malvinas inflama a los soldados cuando aparece en un mapa, una maqueta o un juego de video. Malvinas es, entonces, pasión enfermiza y secuela: una esquirla en la cabeza, un murmullo de voces desgarradas en la noche. Gamerro logra la representación literaria de la pasión y las secuelas de una guerra inscribiendo su ficción en un *más allá* de la ideología. Cuando narra la guerra o los encuentros de los ex combatientes, queda en suspenso la cuestión política de Malvinas, su mezcla de delirio nacionalista e improvisación militar.

Queda claro que Gamerro no comparte para nada las motivaciones bélicas militares ni el absurdo triunfalismo de buena parte de la sociedad allá por el '82, pero por suerte no acalla los gritos de la guerra en el consenso pluralista: a pesar del tiempo transcurrido, palpita la idea de que la guerra es una pesadilla que nunca se termina, y que la política de la democracia es apenas un respiro respecto de lo que verdaderamente importa, y lo que define la historia argentina: la conspiración permanente, la violencia, lo militar.

Si se deja de lado la *cuestión Malvinas*, *Las Islas* también es un libro que depara sorpresas literarias. Sorprende la capacidad para cambiar de humor, prácticamente de un capítulo a otro. Puede emerger de un delirio no muy alejado de Laiseca para sumergirse en la precisión "técnica" de la literatura de guerra (una destreza también propia de Laiseca), o acercarse de a ratos a una comicidad emparentada con Osvaldo Soriano o Fontanarrosa. Claro que en la lectura, Laiseca, Soriano, Arlt, el policial negro o *Los chicos de la guerra* son ráfagas que se pueden acercar y luego alejar de la mente del lector, porque el texto no se queda adherido a un tono o un estilo en particular –sobre todo porque su estrategia y su apuesta reposan en el vértigo narrativo y la desmesura.

Esa desmesura, incluyendo la de la extensión del libro (unas 600 páginas bien servidas) pone a *Las Islas* en un punto difícil: hay capítulos que parecen sobrar o desvíos argumentales que pueden ser excesivos. Pero el exceso de *Las Islas*, como los excesos de *Los Sorias* o *El traductor*, no pueden ser pasados por alto o interpretados apenas como una cuestión de pericia literaria. Quizá tengan mucho más que ver con el verdadero estado de la literatura argentina, con esa línea subterránea que viene a pedir espacio sin fijarse en otras necesidades que no sean las más personales y urgentes: la de un autor que tomó la decisión de escribir con la mayor libertad creativa, hasta decir todo lo que tenía en el tintero, sin estar muy seguro de cuándo tendrá otra oportunidad.♣



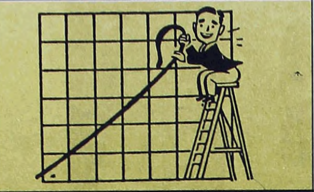
INFANTILES

Tomás es el director del diario de la escuela, en el que colaboran Fabio, Lucila y Eugenia. Cada uno de los integrantes del grupo de amigos tiene sus preferencias bien marcadas: Tomás quiere dedicarse al periodismo, Fabio es un "artista" que vive en su mundo, Eugenia es una devota atleta y Lucila, una adicta a la computación y a Internet. Los integrantes de este heterogéneo grupo son los protagonistas de *Misión posible* de Cristina Alemany y Mónica Plöese (Errepar, 96 páginas, $ 7), que son invitados, por supuesto, a participar de un concurso de periodismo. Durante sus investigaciones en un museo, Tomás descubre una carta dirigida a una tía bisabuela suya, carta en la que le asignan un puesto en una escuela rural, *pero* (atención) un año después de la fecha de su supuesta muerte. Instigados por esa carta sospechosa, el grupo comienza una investigación periodística para el concurso. Así, la misteriosa pista y las futuras investigaciones los llevarán a una escuela rural del Chaco, la clave para resolver el misterio. Ilustrado con dibujos de Pablo Besse, la historia –puntuada con toques de humor a cargo de Ramón, hermano menor de Tomás– no sólo se embarca en la aventura de los chicos que salen de la ciudad para conocer el interior del país sino que al mismo tiempo reflexiona sobre la situación en la que viven los maestros en las escuelas de provincia y, por extensión, cuentan cómo es la vida de sus propios alumnos. De este modo, el lector, al igual que los protagonistas, se sorprenderán ante lo que encuentran.

Para chicos un poco más chicos, y de la colección *Fefa es así*, Altea acaba de publicar *De golpe* de Andruetto e Istvan (32 páginas, $ 4). Fefa es una chica de alrededor de 4 años que vive con sus padres y su hermana Teli. Fefa tiene una manera bastante particular de ver las cosas y causa confusiones, malentendidos y situaciones que, en la mayoría de los casos, son disparatadas. La particularidad de la colección es que, más allá de que en las historias haya un texto, gran parte del relato se sostiene en las imágenes; en algunos casos los textos terminan siendo accesorios. Así, en *De golpe*, se cuentan dos historias: Fefa jugando en el jardín toda la tarde, esperando la llegada del padre para prevenirlo acerca de un pozo que unos operarios hicieron en la vereda y un día de campo, empañado por el mal tiempo. Gracias a los excelentes dibujos de Istvan y la precisión de los textos, los libros de *Fefa es así* resultan atractivos y entretenidos.

Como una nueva entrega de la colección Fantasmas de Fear Street, en *Padres de otra dimensión* R. L. Stine (Emecé, 126 páginas, $ 5) explica a los niños las consecuencias de desarrollar la (freudiana) novela familiar del neurótico. Sarah está avergonzada de su familia: su padre es enfermero de un hospital y en los ratos libres teje en un telar frente a una ventana que da a la calle, su madre colecciona basura para analizarla en el nauseabundo sótano de su casa y su hermano mayor es un completo nerd. Cuando ya no sabe cómo enfrentar la situación frente a las burlas de sus compañeras de colegio, Sarah encuentra un antiquísimo medallón dorado que le permitirá el acceso a otro mundo y a una nueva vida rodeada del tipo de familia que añora: una madre que cocina y se ocupa de la casa, un padre con un trabajo importante, y un hermano inteligente que la acompaña a sus clases de equitación. Claro que no todo lo que reluce es oro y en aquella casa, la casa ideal, comienzan a suceder cosas extrañas y Sarah empieza a desconfiar de su nueva familia. Con el particular estilo de R. L. Stine y un suspenso que no decae, el autor evita cualquier tipo de aleccionamiento moral, para dedicarse exclusivamente a horrorizar a su pequeña audiencia.

P. M.



BOCA DE URNA

Los libros más vendidos esta semana en La boutique del libro, de Adrogué

Ficción

1. Hija de la fortuna
Isabel Allende
(Sudamericana, $ 21)

2. El alquimista
Paulo Coelho
(Planeta, $ 14)

3. El caballero de la armadura oxidada
Robert Fisher
(Obelisco, $ 9,50)

4. La quinta montaña
Paulo Coelho
(Planeta, $ 17)

5. Un saco de huesos
Stephen King
(Plaza & Janés, $ 22)

6. Cuéntame tus sueños
Sidney Sheldon
(Emecé, $ 18)

7. El evangelio según Jesucristo
José Saramago
(Alfaguara, $ 20)

8. Historias de amor de la Historia Argentina
Lucía Gálvez
(Norma, $ 18)

9. Una lección de vida y otros cuentos
Roberto Fontanarrosa
(De la Flor, $ 16)

10. Joyas de familia
Judith Krantz
(Emecé, $ 20)

No ficción

1. Antes del fin
Ernesto Sabato
(Seix Barral, $ 15)

2. Patas arriba
Eduardo Galeano
(Catálogos, $ 20)

3. Serrat y su época
Margarita Riviere
(Aguilar, $ 17)

4. Marilyn Monroe
Donald Wolfe
(Emecé, $ 20)

5. Mujeres que aman demasiado
Robin Norwood
(Vergara, $ 8)

6. La crisis del capitalismo global
George Soros
(Sudamericana, $ 17)

7. El director financiero
AA. VV.
(Price-Waterhouse, $ 20)

8. Progreso y declinación de la economía argentina
Roberto Cortés Conde
(FCE, $ 8)

9. La ilusión de vivir
Enrique Rojas
(Temas de hoy, $ 17)

10. Justicia y televisión
Sibila Camps - Luis Pazos
(Perfil, $ 22)

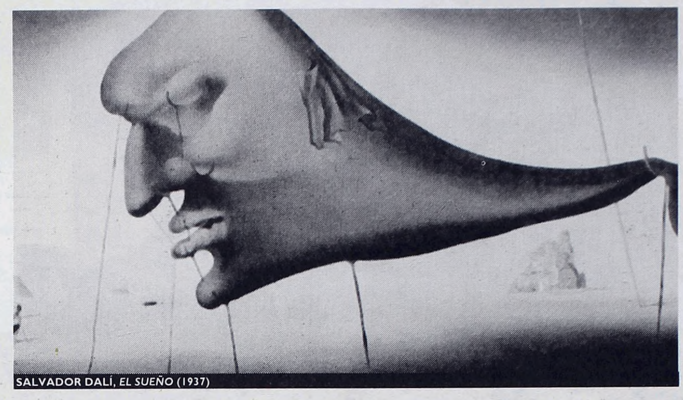
¿Por qué se venden estos libros?
"Decir qué vende más la Boutique del Libro de Adrogué, no significa necesariamente saber qué se lee en esta zona. Por lo menos la mitad de los libros que se compran son para regalar", dice Susana A. Martínez, encargada de La Boutique del Libro, de Adrogué. "Un mismo cliente puede llevar *Antes del fin* y *El alquimista*; *Crisis del capitalismo global* y cualquier otro de Coelho. Un Eco o un Saramago y uno de autoayuda."

Parte del arte

Roberto Harari
Polifonías
Del arte en psicoanálisis

POLIFONÍAS. DEL ARTE EN PSICOANÁLISIS
Roberto Harari
Ediciones del Serbal
Barcelona, 1998
222 págs. $ 18

por Santiago Llach


SALVADOR DALÍ, *EL SUEÑO* (1937)

Roberto Harari se propone responder a una pregunta: ¿qué puede aprender el psicoanálisis del arte? Según aclara él mismo en el prefacio, *Polifonías* es la tercera pata de un tríptico que incluye a dos de sus libros anteriores. *¿Cómo se llama James Joyce?* (1996) se originaba en un comentario de Lacan acerca de cómo Joyce enseña el psicoanálisis. *Las disipaciones de lo inconsciente* (1997) incorpora a la discusión psicoanalítica una noción proveniente de la física. La escritura de Harari, entonces, se construye en torno a la siguiente afirmación: "No hay psicoanálisis sin ciencia ni sin arte". Harari se distancia de aquellos que intentan descubrir la patología del artista en su obra. Por el contrario, lo que él pretende es ampliar el campo del psicoanálisis, incorporándole los medios (métodos, modos de lectura) del arte y la crítica de arte.

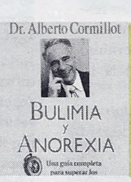
El libro es, en gran medida, una reunión de artículos. Su concepción se remonta a comienzos de los años ochenta, cuando Harari coordinaba una serie de actividades de extensión psicoanalítica en el Centro Cultural San Martín. La tarea de delimitar el campo de la "extensión" hizo aparecer algunas de las reflexiones que desembocarían en la escritura de *Polifonías*. El texto se inicia, entonces, con una serie de negaciones prometedoras. Harari enumera al principio los modos de enfocar las relaciones entre arte y psicoanálisis que no le interesan. Desdeña, en primer lugar, la vulgarización del segundo con fines de difusión. Rechaza, también, tanto el psicoanálisis aplicado a otras áreas del saber (reencontrar, por ejemplo en una obra de arte, lo que ya se sabe, más de lo mismo), como las prácticas interdisciplinarias (que reúnen artificialmente las parcelas de un supuesto saber global).

Harari pasa entonces a desglosar una serie diversa de conceptos para determinar de qué manera concreta podrían ocupar un espacio en la relación entre analista y paciente (o "analizante"). Por ejemplo, el concepto estructuralista de *ostranenie* (una noción próxima al distanciamiento de Brecht) puede aplicarse mediante un laconismo del analista que desaliente la interpretación completa, la idea de que toda duda del "analizante" puede ser agotada. De manera semejante, estudia categorías de Barthes, Bataille y prácticas artísticas como los *collages* surrealistas o el arte siniestro de Libero Badii. Pero las nociones a partir de las cuales Harari lleva a cabo un examen más productivo ya en su origen están ligadas al psicoanálisis, o bien están directamente extraídas del propio Freud o de Lacan. Nunca termina de salir de la dificultad que le plantea la importación de conceptos más estrictamente provenientes del campo del arte.

Polifonías se cierra con una lectura simbólica y bastante convencional de *Ultimas imágenes del naufragio*, la película de Eliseo Subiela. ¿Qué es lo que hace que un libro que empezaba con el planteo original de un problema interesante termine equivocándose en el modo y el objeto de su examen final, contradiciéndose, incluso, con sus propuestas iniciales?

El capitalismo tardío ha puesto en crisis la eficacia de los grandes relatos (el cristianismo, el marxismo, el psicoanálisis), cuyo enorme poder consistía, según Barthes, en la capacidad de "hacerle pagar" alotro. El esfuerzo por sostener a rajatabla la explicación freudiana, según la cual toda negación es una confesión, parece hoy inútil y forzado, y deriva en el uso de giros más propios de las iglesias, que prefieren el dogma a la crítica. El relato psicoanalítico, dotado de esa tendencia irreversible a cooptar el discurso del otro, hace caer a Harari en aquello que critica al comienzo: la extensión hacia afuera, y no la importación.♣

PASTILLAS RENOME ***por Daniel Link***



BULIMIA Y ANOREXIA
Alberto Cormillot
Perfil Libros
Buenos Aires, 1999
168 págs. $ 12

Algunos libros pertenecen a una clase extraña. Son libros *imperativos*, que recurren a la orden como modalidad verbal casi excluyente: ¡revuelva!, ¡acepte!, ¡evite! (o las versiones menos brutales pero idénticamente autoritarias: revolver, aceptar, evitar). Se trata de libros-herramienta en los cuales el conocimiento se vuelve de inmediato acción (o eso pretenden). Los libros de autoayuda, los recetarios de cocina, los manuales sobre el funcionamiento de alguna máquina o motor o las guías de utilización de software son los ejemplos más claros de estos *discursos instruccionales*. *Bulimia y anorexia*, de Alberto Cormillot (el "Dr." con el cual firma la tapa es un poco irritante: ni Hegel hubiera osado legitimar una idea por un grado académico), se postula como "Una guía completa para superar los trastornos alimentarios y firmar la paz con el propio cuerpo". Parece que, efectivamente, hay muchas mujeres que sufren de "desórdenes alimentarios" y a ellas se dirige Cormillot. Podría señalarse el carácter puramente imaginario de la enfermedad y el obvio trabajo psicoanalítico (es decir introspectivo) que demandaría la "cura", pero en estos tiempos de paradigmas débiles y terapias alternativas, tal vez sea un abuso. A lo mejor, realmente, gracias a los consejos de Cormillot "la persona –una anoréxica, por ejemplo–, recupera no sólo la menstruación, sino también la sonrisa".



HORÓSCOPO 1999/ 2000
Lily Süllös
Perfil Libros
Buenos Aires, 1998
352 págs. $ 10

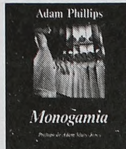
Süllös, lo sabemos ahora, es el apellido de Lily, pero también de Luis, su hermano y colaborador. Lily aparece en tapa, Luis no (pero firma la introducción con su hermana). Algunos desacuerdos debe de haber entre los hermanos porque la tapa ofrece "Predicciones para el siglo que viene", mientras que la Introducción aclara que "No publicamos predicciones". Salvado el escollo, el lector encontrará las previsibles indicaciones imperativas: para Tauro, la "ley del año" es "cuidar su patrimonio". A los de Leo con ascendente en Cáncer se les recomienda "vigilar el metabolismo". Los de Acuario con ascendente en Piscis podrán, del 20 de mayo al 5 de junio, "encargar bebés, acercarse a los hijos distanciados", en condiciones óptimas. Las predicciones (aquí y en todos los libros) son tan vagas que la persona más irresponsable acertaría (como el arquero zen) casi siempre: ¡cuide sus dientes, lave su ropa, cupule todo lo que pueda! Lo más inquietante de la astrología es el *imperativo caracterológico*. Sabemos que, finalmente, nos sentimos *identificados* con los rasgos de nuestro signo: Virgo es intelectual y tímido, Escorpio es decidido, exigente, luchador. Los astros, pobrecitos, no tienen nada que ver. Es la fuerza performativa del lenguaje lo que nos ha moldeado desde el día en que nacimos y nos educaron, ay, en la conciencia de que éramos ese conjunto de rasgos.



CÓMO LEER TOMANDO NOTAS
Brigitte Chevalliertrad. Sandra Garzonio
Fondo de Cultura Económica
Buenos Aires, 1999
176 págs. $ 12

Incluso las personas más reacias a aceptar instrucciones, órdenes y consejos encontrarán en *Cómo leer tomando notas* una herramienta eficaz para enfrentarse con los desafíos de la lectura "metódica". El libro es mucho menos encantador que el celebérrimo *Cómo se escribe una tesis* de Umberto Eco (sin duda alguna, su primer best-seller) y está repleto de gráficos y cuadros siempre difíciles de comprender (aquí y en cualquier otro libro o revista). Pero la presentación de *cómo se lee* (cuáles son las habilidades psicológicas y ópticas que se ponen en juego) es clara y exacta. Se trata de "adquirir un ojo preciso", "adquirir un ojo panorámico", "adquirir un ojo ágil" (adquisiciones que la escuela primaria debería garantizar en los primeros años y, claro, no lo hace) y "pasar a la velocidad superior". Los aspectos más intelectuales de la lectura suponen un entrenamiento para "explorar", "extraer", "localizar" (habilidades que la escuela secundaria tampoco enseña). Cada módulo o capítulo está acompañado de ejercicios destinados a desarrollar la capacidad lectora. Al final, algunas indicaciones sobre cómo esquematizar y resumir un texto (los franceses suelen ser particularmente metódicos en este punto). Lo importante: leer rápido es leer bien. Y leer bien es pensar más. Y pensar más resuelve *basta* los trastornos alimentarios.

El deseo del otro



MONOGAMIA
Adam Phillips
trad. Daniel Najmías
Anagrama
Barcelona, 1998
125 págs. $ 12

por Sandra Russo

"Si aceptas una mentira, tienes que aceptar todo lo que la rodea". Con esta cita de Emerson, el psicoanalista británico Adam Phillips abre su libro llamado *Monogamia*. Phillips es una *rara avis* del psicoanálisis inglés, con vasta experiencia en psicoterapia infantil –acaso a eso se deba que algunos de los epigramas más brillantes del texto vuelvan una y otra vez a la percepción que de la monogamia (la de los propios padres, y la que todos hubiésemos querido tener con cada uno de ellos, excluyendo al tercero) cada sujeto forja ya entre mamaderas y pañales–: el número 9, por caso, reza: "Lo más difícil es ser infieles a nuestros padres. Por eso la monogamia –nuestra capacidad de encontrar otra pareja– es un logro extraordinario. O, simplemente, más de lo mismo".

Más tarde el autor abrevó en la antipsiquiatría, y desde entonces no se jacta de juzgar sus objetos de estudio. Con una mirada cargada de sentido pero a la vez ligera, descriptiva, crítica del sentido común, dueño además de un tono que hace a sus epigramas perturbadores e idiomáticamente ricos –según él, la formación ideal de un psicoterapeuta debería basarse en la lectura y la relectura de Freud y de Shakespeare–, Phillips lanza 121 observaciones sobre esa manera de estar con otro/a que los occidentales consideran natural aunque les depara, la mayoría de las veces, tanto displacer como placer, tanta angustia como seguridad, tanta resignación como entusiasmo, tanta infelicidad como reparo.

Por ahí perdida aparece, en uno de los epigramas, aquella frase de Wilde ("No hay nada más encandaloso que un matrimonio feliz"), sosteniendo lo que Phillips deja entrever o afirma según alguna de las muchísimas ventanas que encuentra para mirar por el ojo de la cerradura y contar qué les sucede a un hombre y a una mujer que alguna vez han estado enamorados, que se han casado, que han tenido hijos o no, que han comenzado a aburrirse y a tomar uno de los dos caminos posibles en esa instancia: borrar de sí la seducción, el deseo sexual y el apetito de los sentidos, o ser infieles.


MAUREEN O'SULLIVAN Y FRANK LAWTON EN *DAVID COPPERFIELD* (1934)

No es que no haya excepciones a la regla, y no es que Phillips descarte que dos personas puedan "redescubrirse". La pareja feliz, indica, existe, pero su existencia no hace más que volver a instalar en el resto de las parejas la utopía de la monogamia como fórmula que *debería* dar resultado, aunque no lo da. Esos matrimonios felices, al decir de Wilde, son en efecto escandalosos, por lo excepcionales y por lo subversivos: es que la monogamia no existe para vehiculizar la felicidad, sino acaso para obstruirla. La mirada de los demás se posa sobre esas parejas felices escudriñando y alentando la esperanza de un secreto, de una fórmula que, revelada, pueda explicar lo inexplicable.

"La pareja es una resistencia continua a la intrusión de terceros. La pareja necesita preservar al tercero para seguir resistiendo. La pareja fiel no pierde de vista al enemigo, lo estudia. Después de todo, ¿qué harían dos personas juntas si no hubiera nadie más? ¿Cómo sabrían qué hacer? Dos se hacen compañía, pero tres son una pareja", reza uno de los epigramas que analiza esos triángulos que nunca son virtuales sino reales, porque tanto su existencia como la simple posibilidad de su existencia forma el cimiento de la monogamia.

En otro, finalmente uno de los más esperanzadores, Phillips indica que la monogamia sólo deja de ser un problema "cuando estamos enamorados", porque el enamoramiento vuelve irrelevante el dilema del deseo insatisfecho. "Con el más intenso placer –o, dicho de otra manera, con la más vehemente convicción–, digo mi amor, y me creen. Sin embargo, nunca soy lo bastante persuasivo para convencerme de que el otro me es fiel. La monogamia, descubro, es una religión de una sola persona". Phillips maneja la ironía y las paradojas en dosis justas, como para que no digan más que lo que el lector esté dispuesto a asimilar. En el prefacio, ya ha presentado a la monogamia como un problema filosófico y ha afirmado que su libro no es más que una indagación sobre la palabra "nosotros". En esa palabra se interna en el epigrama 67, que dice: "El mejor escondite –el más acogedor– es aquel en el que podemos olvidar de qué estamos escondiéndonos o simplemente que estamos escondiéndonos. El secreto que la pareja tiene que guardar –la mayor parte de las veces, uno del otro– es de qué se esconden y el hecho mismo de estar escondiéndose. La creencia que tienen es sostener que sus miedos son los mismos. Las parejas existen porque es imposible esconderse solo".♣



ENVIDIA

Almudena Grandes, autora de *Atlas de geografía humana*, confiesa sus más bajos sentimientos.

"He leído a lo largo de mi vida cientos de libros que me hubiera gustado escribir. De hecho, empecé a escribir empujada por el deseo envidioso de escribir libros que se acercaran, siquiera pálidamente, a muchos de los que leía", dice la autora de *Modelos de mujer*, segura de que la imitación es, como en los juegos infantiles, el principio de todo, al tiempo que agrega que ese sentimiento se repitió con frecuencia con el correr del tiempo. "Podría citar montones", dice Grandes, pero sólo se decide por algunos de ellos, y para comenzar elige *Cumbres borrascosas*, el famosísimo melodrama de la escritora Emily Brontë. Las razones de su elección no se hacen esperar: "Nadie sabe por qué Catalina se casa con Linton si ama a Heathcliff, y sin embargo mientras lo estás leyendo ese detalle te da lo mismo". Es la intensidad, piensa Almudena Grandes, lo que cuenta. Continuando con la enumeración, elige uno de los libros capitales de la literatura española del siglo XIX, cifra del realismo: *Fortunata y Jacinta*, "porque es la obra maestra de Galdós, que para mí es tan grande, y tan padre, como Cervantes. *Guerra y paz*, por lo mismo, aunque Tolstoi sea ruso...", y se entusiasma y ya no puede dejar de envidiar. "Entre las novelas contemporáneas podría citar *El cuento de la criada* de Margaret Atwood que me parece un libro asombroso, lleno de fuerza y de invención; *Las nuevas confesiones* de William Boyd, por su exacta mezcla de ternura e ironía, y la espléndida naturaleza de su argumento; y *La buena letra* de mi compatriota Rafael Chirbes, porque me hizo llorar lágrimas de emoción y compasión auténticas, y es uno de los libros más bellos que he leído de un autor vivo", concluye la autora de *Malena es un nombre de tango*, quien no puede despedirse sin dejar de hacer una aclaración. "De todas formas, mañana se me ocurrirían tal vez media docena de libros distintos de estos, con la única y segura excepción de *Fortunata y Jacinta*".

P. M.

Cómo hacer cosas con palabras

Tres mil historias de frases y palabras que decimos a cada rato *(Aguilar, 1999) es un libro fascinante porque permite "navegar" en la espesura del lenguaje y de su historia.*

por Martín Schifino

Con las palabras pasa al principio como con los amores no correspondidos: nos cuesta un triunfo hacerlas hablar de sí mismas; se resisten a contarnos cosas íntimas; nos prueban sin cesar que las tenemos sin cuidado. Así, la historia de la filología (una palabra cuya etimología es, precisamente, amor a las palabras) comienza por los capítulos de sus equívocos, sus equivocaciones, sus prevaricaciones e infidelidades. Platón, uno de los primeros cultores de tal disciplina, estaba seguro, por ejemplo, de que la palabra "locura" (manía) originaba una familia entre cuyos vástagos figuraba "profecía" (mantis); su pauta era que los profetas se ponían como locos a la hora de los vaticinios. No sólo ésta, sino casi todas sus etimologías están erradas, vale aclarar. Bastante más audaz fue San Isidoro de Sevilla (s. VI); dedicó prácticamente su vida a recopilar *Las Etimologías*, enciclopedia en veinte volúmenes en la que, mediante asociaciones admirablemente poéticas, intentaba dar con el origen de miles de palabras del léxico latino. Sin acertar jamás, pobre. El Renacimiento trajo un saber más ancho; la Ilustración, un método; los enciclopedistas franceses, sus enciclopedias; pero incluso entrado el siglo XVIII uno pesca al paciente, piramidal Dr. Johnson encogiendo los hombros frente a una frase indócil de Shakespeare y escribiendo: "Este dicho ha de quedar en la oscuridad". Las palabras, como los amores muertos, mutis.

En el siglo pasado la filología se convirtió al positivismo y avanzó imparable de la mano de obras monumentales; durante el nuestro, por añadidura, se hicieron todos los recuentos posibles en todas las universidades y lenguas imaginables. Las palabras fueron incluso psicoanalizadas a la fuerza; Heidegger y sus deconstructivos secuaces desastraron el griego y más tarde el francés. Con todo, la pregunta por la procedencia o, más no sea, por la evolución de una voz siempre vuelve, más cuando se trata de lenguas vivas. La ventaja es que, ahora, el saber acumulado "que incluye los errores" nos ayuda a encontrar respuestas plausibles.

Tres mil historias de frases y palabras es un libro que se apoya en ese saber para construir un anecdotario del léxico argentino. Se trata –y esta primera constatación hace a su propósito– de un libro bello y cuidado, cuyo diseño gráfico recuerda el de un catálogo medieval o el de un libro de horas. Sus páginas están impresas en dos tipos de tinta: roja para los artículos que consignan frases idiomáticas; negra para los que contemplan voces. Tanto unas como las otras reciben un tratamiento independiente y se puede acceder a ellas por tema (Amor y Sexo, Colores y Formas, Vicios y Virtudes) o como en un diccionario (vía índice analítico). La intención de Zimmerman es, por lo demás, muy generosa. "Quien esto escribe se ha propuesto desplegar las múltiples transformaciones de las palabras que aquí figuran, para que así resalte ante el lector no especializado la exuberancia metafórica que continuamente evidencia el uso del lenguaje". Y en efecto, es como si sus historias se internaran en el sistema nervioso de la lengua (nervio, nos cuenta Zimmerman, procede de la raíz indoeuropea *sneu-*, que tiene el sentido de vínculo o ligamento, raíz también presente en nuera, quien "al casarse, queda ligada a los padres del marido"). Cosa que presupone conectar, a veces sorprendentemente, culturas y momentos históricos de lo más variados. *Alfajor*, nos enteramos, deriva del hispanoárabe *al-hasú*, que significa relleno; *¡chau!*, del italiano *schiavo* (esclavo), que antiguamente era una forma de decir adiós (como en la fórmula epistolar "su seguro servidor"); *piropo*, por su parte, viene del griego *pyr*, fuego, y *ops*, vista, originariamente el nombre de una piedra preciosa que luego se utilizó como halago; y *mariposa*, de la contracción de la frase *¡María pósate!*; por no hablar de etimologías del todo inesperadas como la de *bastardo*, cuyo antecedente, el francés antiguo *bastart*, literalmente significa engendrado contra una tapia de corral.

TRES MIL HISTORIAS DE FRASES Y PALABRAS QUE DECIMOS A CADA RATO ES UN LIBRO QUE SE APOYA EN EL SABER ACUMULADO DE LA FILOLOGÍA PARA CONSTRUIR UN FASCINANTE ANECDOTARIO DEL LÉXICO ARGENTINO.

Nuestra lengua deja ver, así penetrada, toda una historia de usos y costumbres, de copias y de préstamos, de prejuicios y de hábitos mentales, una historia en la que han participado los conquistadores (por ende el latín, el árabe y el griego), los inmigrantes (por ende las lenguas modernas europeas), y diversas tribus nativas (por ende lenguas como el guaraní o el quichua: de donde viene *mate*). Al mismo tiempo, este examen nos permite intimar con los mecanismos poéticos que los hablantes han desarrollado en la lengua a través de los siglos: alternancias de consonantes, asociaciones libres, fusiones de dos términos para formar uno nuevo y demás. Zimmerman, que exalta esta diversidad, acude tanto a fuentes filológicas como a tradiciones orales, letras de tango o canciones populares para abarcarla. Se le puede criticar, sin embargo, cierto pudor en la selección (no hay una sola "mala palabra" en el libro, lo que es una pena, porque suelen esconderse tras ellas atrapantes historias acerca de la transgresión), ciertos malos chistes y redobles moralizadores en algunos artículos, y una clasificación de las voces basada en criterios más bien decimonónicos. Una y otra vez se nos dice, por ejemplo, que tal palabra es "elegante" o cosas por el estilo; elegante puede ser considerado su uso, de acuerdo, pero en todo caso el problema se interna en lo social, y para abordarlo haría falta un análisis más riguroso. Más allá de tales reparos, resulta muy encomiable el hecho de que Zimmerman haya compendiado, en un estilo correcto y en general grato de leer, un material excelente y tan interesante para un público amplio. Muchos notarán, gracias a este libro, que las palabras son capaces de hablarles al oído; o que si se les hacen las preguntas adecuadas, responden. No es difícil imaginar, en definitiva, que los lectores de *Tres mil historias de frases y palabras que decimos a cada rato* volverán una y otra vez sobre sus páginas, descubriéndose en cada oportunidad, en cada sorpresa, más y más filólogos. Etimológicamente hablando, claro.♣